

Un etnógrafo ruso, haciéndose cubano

A Russian ethnographer, becoming Cuban

Autor(es): Dra. María Magdalena Pérez Álvarez*

Resumen: El artículo recoge las memorias de la autora sobre el antropólogo ruso Eduard G. Alexandrenkov, que destacan su aporte al desarrollo del «Atlas etnográfico de Cuba», obra trascendental para la antropología de la mayor de las Antillas, en la que desempeñó un rol protagónico ineludible.

Palabras clave: Eduard G. Alexandrenkov, antropología, Cuba.

Abstract: The article includes the author's memories of the Russian anthropologist Eduard G. Aleksandrenkov, highlighting his contribution to the development of the «Ethnographic Atlas of Cuba», a transcendental work for anthropology in the largest of the Antilles, in which he played an inescapable leading role.

Keywords: Eduard G. Alexandrenkov, anthropology, Cuba.

* **María Magdalena Pérez Álvarez.** Licenciada en Psicología, máster en Antropología. Investigadora, hasta su jubilación en 2001, del actual Instituto Cubano de Antropología, cuyo Departamento de Etnología dirigió entre los años 1986 y 1987. Participó en los trabajos del «Atlas etnográfico de Cuba» y realizó estudios sobre las relaciones raciales en Cuba.

Mis criterios y vivencias resultan deferenciales hacia el antropólogo, etnólogo e historiador ruso-soviético Eduard G. Alexandrenkov. Y me ilusiona hacer constancia de ello —respondo así a la invitación de la doctora Niurka Núñez González, que mucho agradezco—, a pesar de que enfrentarme al papel en blanco suponga un reto para mí luego de tanto tiempo. Pero bien lo merece de quien estamos hablando.



Academia de Ciencias de Cuba, 1980

Mi propósito no es un enjundioso análisis del trabajo y resultados científicos del doctor en Ciencias Históricas Eduard G. Alexandrenkov, que conllevaría tiempo y esfuerzos considerables por su extensa y variada obra bibliográfica. Por el contrario, tan solo intento acercarme a lo que significó el aporte de este colega mayor (no por la edad sino

por sus méritos) al desarrollo del atlas etnográfico de Cuba, obra trascendental para la Academia de Ciencias, y específicamente para la antropología y los especialistas de la mayor de las Antillas; en la que desempeñó un rol protagónico ineludible.

En este sentido, su papel como colaborador principal en el proceso directriz para la ejecución de dicho atlas resultó pilar fundamental en la consecución de tamaño propósito. Al respecto, tampoco pretendo abarcar todo aquello que podría tratarse, sino modestamente señalar algunas ideas y recuerdos sobre el legado e incidencia de su accionar general en el colectivo de investigadores del entonces Departamento de Etnología de la Academia de Ciencias de Cuba, subrayando algunos aspectos que sí considero imprescindibles.

Entre ellos, uno que para mí es particularmente significativo: la contribución de «Alexandrenco» —como afectuosamente le decíamos, pronunciándolo a lo cubano (sin «v» final)— a la formación del perfil antropológico de los investigadores cubanos.

El atlas etnográfico fue un gran reto para la antropología cubana. Importantes cuestiones se han dicho sobre ello, pero mucho más habrá que decir, y dentro de este punto hay que contextualizar las características que en ese momento presentaba el colectivo de investigadores y su estructura departamental.

Para no caer en impresiones de cualquier tipo, digamos, al menos, las dos cuestiones que más se han señalado en disímiles formas y lugares. Una, el nudo institucional que enfrentaba el Departamento de Etnología, pues de hecho iniciaba una etapa de reconstrucción y reorientación de sus objetivos, campos de estudio y estructura. Y otra, su colectivo laboral lo conformaba un reducido grupo de investigadores

procedentes de diversas escuelas académicas, y novicios, mayoritariamente, en el «hacer» de la etnografía.



Expedición a Matanzas, 1980

Ese colectivo enfrentaría la confección de un atlas etnográfico mancomunadamente, unido a un grupo de especialistas soviéticos que, por disposición gubernamental y producto de la colaboración científica Cuba-URSS, tendría como fin y denominación el «Atlas de la cultura material tradicional en zonas rurales del país». El proyecto tendría la categoría de «Obra Científica», y estaría en el plan nacional de las ciencias sociales para el quinquenio 1986-1990.

Si el Departamento de Etnología asumiera semejante tarea y responsabilidad, los investigadores del Instituto de Etnografía Miklujo Maklai de la Academia de Ciencias de la URSS serían no solo colaboradores, sino guía, apoyo y, sobre todo, formadores. De todos ellos, el querido y respetado Alexandrenkov sería quien más trabajo desarrollaría entre nosotros, quien más ha escrito sobre temas de la cultura material rural de Cuba (además de otros importantes tópicos

arqueológicos y antropológicos), y quien más aportó al colectivo cubano.

E. G. Alexandrenkov participó en cinco de siete expediciones, de manera que visitó siete provincias (Matanzas, Santiago de Cuba, Guantánamo, Pinar del Río, Villa Clara, Cienfuegos y Sancti Spíritus), de las diez que fueron objeto de expediciones etnográficas. Las expediciones a Guantánamo, Pinar del Río, Villa Clara, Cienfuegos y Sancti-Spíritus fueron bajo su dirección. En todos los casos, colaboró con la totalidad de los temas que se estudiaban, referidos a la cultura material rural (vivienda y construcciones auxiliares, mobiliario y ajuar de la vivienda, vestuario y accesorios, comidas y bebidas, instrumentos de trabajo agrícola, medios y modos de transporte, artes y embarcaciones de pesca marítima), además de trabajar muy estrechamente con el fotógrafo soviético Alexander V. Oskin (cariñosamente llamado Sacha), especialista en cine y fotografía etnográficos.

Recuerdo que Alexandrenkov y Sacha solían compartir la misma habitación y en las noches trabajaban en la organización del material fotográfico, de manera tal que aquella habitación no parecía un cuarto de hotel, sino más bien un laboratorio fotográfico. Allí también los colaboradores soviéticos preparaban té, y nos invitaban a todos a degustarlo colectivamente, compartiendo y comentado las jornadas diarias y las incidencias que siempre sucedían. Como la ocasión en que a una investigadora le prestaron un caballo para recorrer la zona y el animal inesperadamente se lanzó en veloz carrera. Nuestra compañera

optó por apretar firmemente las piernas para no caer, pero se le produjeron quemaduras que requirieron asistencia médica.



Expedición a Matanzas, 1980

Estas eran anécdotas que al final nos hacían reír; pero durante las expediciones de trabajo de campo suelen ocurrir disímiles situaciones, algunas críticas o de peligro, incluso a riesgo de la vida. Además, quizás no se sepa, pero una expedición puede resultar una tarea harto compleja. Movilizar más de 20 personas de lunes a domingo, varias semanas, asentados en un punto y desplazándose cada día a zonas rurales diferentes para «barrer» a pie el área, estudiando el lugar, sus pobladores, así como sus casas, propiedades y pertenencias, requieren vocación, dedicación y organización para cumplir el programa elaborado.

Por otro lado, las expediciones en sí no eran el todo en la elaboración del atlas. Eran solo una parte en el estudio de una provincia o región

del país. Cada uno de estos momentos conllevaba un análisis previo, acciones organizativas y mucha preparación técnica y metodológica. En este contexto es que se hace relevante la tarea desplegada por el colaborador principal Eduard G. Alexandrenkov.

Es entonces que observamos en su desempeño dos aristas complementarias. Por una parte, destacar la cuantía y variedad de las actividades que acometió y algunos de sus rasgos personales que le hicieron ganar la estima y respeto de todo el colectivo de la obra científica. En la conjunción de estos componentes, Alexandrenkov devino en ejemplo guía para la mayoría de nosotros, que, como en mi caso, nos iniciábamos en el camino de la antropología.

Diversas fueron las vías en que Alexandrenkov nos transmitió sus conocimientos, experiencias, el buen hacer y, sobre todo, su profunda vocación de etnólogo, así como su capacidad de lectura y su formación en el trabajo de terreno.

Algo hemos expresado sobre las expediciones. Pero antes y después de ellas eran momentos de suma importancia en la consecución del atlas etnográfico. En las semanas anteriores se establecían o definían los objetivos particulares para el territorio a estudiar, las características de este, las guías de entrevistas o cuestionarios correspondientes, como cuestiones fundamentales, y se ponía a punto todo el material a utilizar, ya fuese para la actividad del dibujo etnográfico, la fotografía y los registros de datos necesarios. En todas estas actividades participó Alexandrenkov directamente en calidad de investigador o jefe del team soviético; así los cubanos, «en la marcha», aprendíamos de sus saberes etnográficos.

Posterior a las expediciones, un cúmulo de actividades de procesamiento y análisis daban como resultado los datos y conclusiones del trabajo de campo. Estos eran expuestos y

compartidos con la comunidad científica en conferencias, seminarios, eventos y publicaciones. A Alexandrenkov lo vimos impartiendo posgrados sobre métodos y técnicas etnográficos, presidiendo sesiones científicas, presentado ponencias y publicando diversos textos sobre la cultura material y los procesos étnicos en Cuba. Ejemplo de ellos fueron las Conferencias Científicas con los resultados de cada expedición, y los seminarios «Etnos y Cultura», creados para divulgar e intercambiar entre especialistas afines. Incluso, su trabajo se ha mantenido en el tiempo, hasta el más reciente material titulado «Los trabajos en Cuba para la elaboración del atlas etnográfico durante los años 1980-1990: logros y limitaciones» [publicado en ruso en 2017, la traducción al español aparece en Núñez, N. (en prensa): *Antropología sociocultural en Cuba. Revisiones históricas e historiográficas*, t. 2, pp. 263-273].

En cuanto a su persona, imposible pretender hacer una descripción acabada. Tan solo resaltar aquellos rasgos que a mí más me impresionaron y mejor recuerdo. El primero, su seriedad (debe decirse que todos los colaboradores soviéticos eran muy serios, según la óptica de nosotros los cubanos). No se les veía sonreír fácilmente. En todo caso, con una mirada neutra en general, quizás un ligero cambio apuntaba que algo contaba con su beneplácito, o todo lo contrario.

Pero para nada era una persona distante. Todo lo contrario. Atento y educado en su trato hacia todos, de gestos pausados, hablaba más bien bajo, y nunca le vi ni oí «fuera de tono».

Aquí recuerdo un hecho que me hizo pensar que estaba frente a alguien con particular sentido del humor. En mis primeros encuentros con Alexandrenkov y los colaboradores que le acompañaban, en 1985 (previo a la expedición de las provincias centrales), los acompañé en una visita al Centro de Investigaciones y Desarrollo de la Música Cubana (Cidmuc). Allí les ofrecieron para la consulta unos materiales impresos y, casi a término de la reunión, le solicité a Alexandrenkov

que me permitiera anotarlos en mi agenda; ante mi inexperiencia y «falta de tacto» le observé una ligera exhalación de ironía seguida de una breve frase en ruso, de la que nunca supe el significado. Por supuesto, jamás volví a tratar de controlarles nada.

Añadiría que también llamaron mi atención sus rigurosos hábitos de trabajo. Muestra simple de ello: su permanente cuaderno de trabajo a la mano, instrumento primordial para un etnógrafo; su colaboración incluso hacia temas considerados por mí como «menores», en aquel entonces, como el estudio del casabe; y algo que valoré mucho más pasado el tiempo, su búsqueda permanente de materiales de estudio sobre Cuba. Era habitual ver a Alexandrenkov mostrando a los investigadores sus más recientes adquisiciones de títulos importantes y novedosos comprados en librerías cubanas o a personas particulares, que parecía conocer bien dónde encontrarlos.

En esa búsqueda por librerías, no solo en La Habana sino también durante las expediciones, él invertía una buena parte de su tiempo; en el cual había momentos de distracción, y uno de ellos fue la visita a la playa de Varadero, en Matanzas (1985), oportunidad en que me tocó acompañar al colectivo soviético. De esa excursión recuerdo un ejemplo que resalta lo «ajustado» que él estaba a nuestras peculiaridades criollas, pues a poco de llegar y cuando algunos nos disponíamos a disfrutar del mar, Alexandrenkov y el complaciente chofer se aparecieron como en un acto de magia con una refrescante caja de ifrías cervezas! A nadie se le ocurrió preguntarles dónde habían «encontrado» aquello. Sabíamos que no nos darían la información. Así era nuestro *tovarish* («compañero» en ruso): persona muy reservada.

Aprovecho aquí para hacer otra anécdota que ejemplifica mucho esa cualidad. La única ocasión en la que le oí hacer una referencia de tipo personal fue en una de esas veladas tomando té, en la ciudad de Cienfuegos, cuando él se refirió a su madre en términos muy loables por su participación en la Gran Guerra Patria. Se hizo evidente su emoción y orgullo, produciéndose un silencio que nadie se atrevía a romper.



Junto al etnólogo Hernán Tirado Toirac, Academia de Ciencias de Cuba, 1980

Tengo que confesar que algunas de estas cuestiones he venido a comprenderlas mejor luego de leer dos de sus trabajos: el ya citado anteriormente, próximo a publicarse, y su reciente artículo sobre los arqueólogos cubanos Manuel Rivero de la Calle y Ramón Dacal Moure (originalmente publicado en 2021, en *Memory of View*, <http://memoview.ru/?p=143>).

Dichos trabajos me dieron claves para entender preguntas que al parecer tenía en el inconsciente y que me han surgido en la concepción y redacción de este escrito. ¿Por qué aprendió el español siendo un joven estudiante? ¿Por qué vino a Cuba (ya en 1963) como traductor, más allá de que fuese por una motivación económica? ¿Por qué simultaneó su oficio de *pirivodchik* («traductor» en ruso) con su afanoso estudio de las poblaciones aborígenes de Cuba y del Caribe, cuando todavía no se había graduado en la Facultad de Historia de la Universidad Lomonosov? ¿Acaso solo porque tenía ya en mente un proyecto de estudio para optar por el título de candidato a doctor?

Él ha referido su visita al museo Montané, en el mismo 1963, para apreciar sus colecciones arqueológicas y antropológicas. Allí conoció a su director de entonces, el doctor Manuel Rivero de la Calle, quien desde entonces colaboró y apoyó su programa de estudios para el grado científico. Todo parece más bien un plan pre-elaborado que una mera casualidad.

Las respuestas a estas preguntas ojalá alguna vez las dijera el propio Alexandrenkov. Mas no dejó de relacionarlas con detalles tales como que, desde entonces (1963), le gustaba caminar las calles de La Habana, coleccionaba etiquetas de bebidas nacionales, aprovechaba toda oportunidad investigativa (en 1965, realiza excavaciones con arqueólogos cubanos en el Morrillo, provincia de Matanzas), y así, por uno u otro motivo, regresa a Cuba en múltiples ocasiones por más de tres décadas entre 1963 y 1995, sin dejar de relacionarse por diversas vías con colegas arqueólogos y antropólogos cubanos. ¿Acaso pueden explicarse estos vínculos del *tovarish* Alexandrenkov solamente por razones de su interés académico? Me parece que no.

Desde mi punto de vista, hay dos detalles que se relacionan de una manera significativa. En 1965, cuando le mostró a Rivero de la Calle su plan de estudios para el doctorado, el último acápite lo tituló

«ponerme flaco». Esto me parece más una frase cubana que rusa, aparte demostrar su particular ironía, a la que hicimos ya referencia. «Ponerse flaco» apunta a dar el «extra» en el empeño de una tarea. Y, sobre todo, poner el corazón. Años después (1998), el título de un libro suyo comenzaba con dos palabras ciertamente muy interesantes: «Poniéndose cubano...». En español, pudiera interpretarse como «haciéndose cubano». No es demostrable la relación entre estas frases, sin embargo, creo que son reflejo de la propia transformación como persona que se produjo en este antropólogo ruso, que en «algo» fue convirtiéndose él mismo en cubano.

Alexandrenkov fue objeto y sujeto en su quehacer antropológico. Con sus estudios, en el tiempo, no sería ya tan ruso como aquel chico nacido en Smolensk, ni tan cubano como los criollos de finales del siglo XIX (que también fueron objeto de sus análisis). Pero la interculturalidad devino una identidad que le hizo proyectar sus estudios de y sobre Cuba y el Caribe como el eje direccional en su vida de etnólogo y antropólogo.

Visto así, me explicaría yo su dedicación a los temas culturales y la etnicidad cubana, que hizo de su labor un magisterio donde los actores cubanos del atlas etnográfico comenzaron, sin que ellos mismos se dieran cuenta, a amar el oficio y el saber antropológico.

Y es aquí que quiero resaltar con más énfasis, por un lado, lo valioso del legado del amigo y colaborador Eduard G. Alexandrenkov, y por otro, el significado trascendental del atlas etnográfico para las ciencias en Cuba.

Con su habitual modestia, Alexandrenkov ha dicho que poco sabía respecto a la confección de atlas al iniciar su colaboración científica en este proyecto; pero ya era candidato a doctor y acumulaba algunas experiencias respecto al estudio de las poblaciones aborígenes del

Caribe, y de Cuba en particular. También había trabajado en distintas esferas como traductor en viajes anteriores, y mantenía habitual correspondencia con académicos cubanos.

Así que, en buen cubano, Alexandrenkov estaba en su medio cuando el destino quiso colocarlo en la encrucijada que enfrentaría el Departamento de Etnología de la Academia de Ciencias de Cuba como institución ejecutora del atlas etnográfico, lo que marcaría su derrotero en las siguientes décadas.



Expedición a Santiago de Cuba, 1982

De esta manera, a él le tocó estar allí y ser parte del proceso donde se consolidaría la labor de dicha institución científica cubana. No sé si él lo apreció desde este ángulo en aquel momento. Hoy es preciso decir que su aporte en este sentido lo realizó con responsabilidad, dignidad y valía; dentro de su estilo, que no era precisamente «robarse la pantalla», sino lograr que las tareas arribaran a buen término.

Esa fue una etapa en la que cristalizarían formas del hacer antropológico, con una base teórica y metodológica, que permitiría a

esta actividad científica ascender en etapas subsiguientes a empeños mayores.

Se habla de la utilidad o inutilidad del atlas etnográfico. Creo que la utilidad de tal obra científica ya está demostrada. Su proyección teórica está consumada en la realidad. La formación de los investigadores como antropólogos, la evolución y desarrollo de las instituciones académicas involucradas, el fondo informativo y documental generado, así como aplicaciones importantes en la esfera de la cultura, confirman este postulado. Todo esto y más, por lo que significaron sus resultados al mayor conocimiento de las peculiaridades propias de la cultura cubana en el espacio correspondiente. Que las realidades de la sociedad y la economía del país no permitan otros avances, no es óbice de lo anteriormente dicho, y sería motivo de análisis en otro contexto.

Lícito aquí decir, y no me cabe la menor duda, que en el futuro habrá otros atlas —u otros registros con otros nombres—, pero siempre tendrán que volver sus miradas a este, nuestro atlas etnográfico, por ser el primigenio, por su originalidad y consistencia.

Respecto a criterios sobre una llamada «inutilidad» del atlas etnográfico, parece más bien un concepto antinatural que un criterio sostenible. Soy de la opinión que los saberes crecen en espiral, son siempre ascendentes. No fenecen. Lo gnoseológico se hace en el tiempo profundo, esencial, revirtiéndose en la evolución humana.

Lo que el querido y respetado Alexandrenkov nos aportó y enseñó se ha hecho material en los continuadores que hoy con su trabajo participan en el desarrollo de la antropología en Cuba. A la vez que su legado personal es inmaterial en el espíritu que los anima para hacer de esta ciencia un factor de crecimiento de la sociedad cubana.



Expedición a Santiago de Cuba, 1982

Quiero igualmente expresar mi total acuerdo con las consideraciones formuladas por él en cuanto a que el atlas es un hito en el campo de la investigación etnográfica, en Cuba y más allá de sus fronteras.

Igualmente, tiene un valor agregado por haber generado un movimiento que tributó al interés y la divulgación de las características culturales regionales al paso de las expediciones durante su ejecución.

Agregaría que, para mí, el atlas etnográfico de la cultura material tradicional de zonas rurales fue también por entonces un hito de la colaboración en el campo de las ciencias sociales en el marco del intercambio científico entre Cuba y la antigua Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas.

Para Eduard G. Alexandrenkov, eterno enamorado del Caribe, mis felicitaciones en su ochenta y cinco cumpleaños!